

Una habitación propia (conectada)

Remedios Zafra

Hay libros que nos susurran cosas al oído, secretos maravillosos, y después nos sorprendemos cuando descubrimos que esos secretos nos venían gritando desde hacía tiempo en nuestra vida. Creo que a *Una habitación propia* le pasa algo así. Y me da la impresión de que esto ocurre “no” porque los secretos que cuenta Virginia Woolf nos proporcionen luz, sino más bien porque ayudan a quitarnos una venda; que ocurre no porque estos secretos iluminen, sino porque empoderan la mirada. Me refiero, cómo no, a la mirada creativa de las mujeres.

Cuando desde *consonni* me pidieron escribir este prólogo a la edición en euskera de *Una habitación propia*, yo estaba en mi *cuarto propio conectado*. Y acepté, por supuesto, rápidamente. Porque este libro, les adelanto que muy especial para mí, es un regalo para quienes amen la escritura, susurra cosas al oído y funciona, además, como interruptor de la conciencia.

Al aceptar la invitación de *consonni*, tecleé que sería un placer y, aunque nadie me viera, me puse nerviosa, sonreí y abrí mucho los ojos, como cuando recibo buenas noticias. A los pocos minutos viajé a este archivo para intentar definir qué podría hoy, casi un siglo después de su publicación, aportar a esta traducción y a la relectura del libro desde mi *cuarto propio conectado*¹. Punto uno. Volveré.

consonni, las mujeres que lo integran, me enviaron su invitación por email, imagino que desde su peculiar cuarto propio. Un espacio transgresor que ellas hacen funcionar simultáneamente como habitación compartida. Pareciera contradictorio, pero no. A mí se me parece más a una variante, o a una posibilidad, de ese espacio de concentración y producción creativa que es el cuarto propio y que puede llegar a configurarse, también, como lugar donde el trabajo colectivo y la alianza con otras personas es viable; donde un espacio propio opera también como nodo de proyectos *compartidos*. Punto dos.

Mi cuarto propio, donde escribo, habla de cosas compartidas pero también de mi intimidad y de lo que los demás no ven. La intimidad habita en aquello que sientes, haces, piensas y te dices cuando estás a solas, contigo o con quienes consideras parte íntima de ti. La intimidad no es exactamente lo privado, que trasciende la idea de propiedad. Creo que lo privado nos está dado como sujetos con poder sobre nuestro cuerpo y espacios. Es ese *lugar absolutamente precioso*² donde mi cuerpo, como yo (como imagen, como nombre, como multiplicidad) es libre, incluso libre de inhabilitarse. Pero lo privado también ha funcionado como ese lugar donde algunos

¹ Zafra, Remedios, *Un cuarto propio conectado*. Fórcola, Madrid, 2010.

² Barthes, Roland, *La cámara lúcida*. Paidós, Madrid, 2010, p. 110.

sujetos han sido inhabilitados por otros, invisibilizados. Lo privado ha sido controlado por el poder ejercido desde el afuera público. O lo había sido hasta ahora, porque si hoy pienso en mi cuarto propio “conectado” como espacio privado, veo que está mutando a un espacio *público-privado*. Punto tres.

Y quisiera ahora reunir los puntos uno, dos y tres, subirlos a una metafórica mesa de disección de este archivo digital y observarlos. Porque en conjunto me parece que metamorfosean la clásica lectura de *Una habitación propia* de Virginia Woolf. Creo que estas ideas diferenciarían sustancialmente hoy el cuarto propio y me gustaría llegar a esbozar en qué sentido, con qué potencia lo hacen.

No se trataría aquí meramente de celebrar una nueva edición, ahora traducida al euskera, sino de hacernos pensar sobre lo que esta obra diría del mundo y de las mujeres si naciera ahora; si fuera interpelada por las condiciones de escritura y creación de las mujeres a comienzos del siglo XXI. No se trataría, insisto, de un ejercicio pretencioso y fingido de querer impostar la voz de Virginia Woolf, pero sí de admitir la intención, sin complejos, de especular sobre lo que en la actualidad singulariza el cuarto propio, sobre cuáles serían hoy las demandas y las posibilidades de agencia y apropiación creativa de las mujeres en los nuevos escenarios de producción y comunicación. Y pienso que, si bien la vigencia de la habitación propia como célula subversiva dentro del hogar y lugar de concentración, lectura y producción, sigue siendo crucial, hoy ese espacio es irreversiblemente un espacio conectado al mundo a través de la red; un lugar que ejemplifica la nueva confluencia de lo público y lo privado en una sociedad online y que, además, ya no sólo opera como nodo para la producción creativa, sino también como punto de acceso y difusión. Las mujeres ya no sólo escriben desde sus habitaciones, comunican, comparten, construyen red y acceden a las nuevas bibliotecas del mundo (que, en ocasiones, también crean).

Desde su publicación, esta emblemática obra que van a leer ha sido objeto de especulación y reivindicación feminista, símbolo de emancipación para las mujeres escritoras a quien Woolf dirigía su reflexión y, como efecto, para todas las mujeres con aspiraciones creativas. Dice este libro que *una habitación propia* y *dinero* eran condiciones necesarias para que las mujeres se dedicaran a la escritura. “Les dije suavemente que bebieran vino y que tuvieran una habitación propia” recuerda Virginia Woolf, en algún otro momento, animando a las mujeres a que se liberaran de las ataduras de lo que se esperaba de ellas, las ataduras de la tribu que tan bien retrató esta mujer cuando hablaba de la necesaria muerte del “ángel de la casa”³.

El cuarto propio tiene mucho que ver con esta liberación. Fíjense que se concibe como un lugar inscrito pero diferenciado del lugar-hogar en que se inserta. Como símbolo en su potencia emancipadora, la habitación propia de Woolf operaba como la concreción de un “otro” dentro del patriarcado-hogar, un espacio autónomo donde poder “ser” (subjetividad, conciencia) mediante el pensamiento, la lectura y la escritura; en un

³ Woolf, Virginia, *La muerte de la polilla y otros ensayos*. La bestia equilátera, Buenos Aires, 2002.

tiempo que, como el espacio que propugnaba, también se quería “propio”. Esta precisión fue en su momento medular y revolucionaria. Porque la exigencia de un “tiempo y espacio propios” para las mujeres visibilizaba una terrible ausencia: siendo ellas quienes habían gestionado los espacios del hogar, todos los espacios que habitaban eran instrumentalizados para los otros, donados o usados para el cuidado, crianza, alimento y afecto del resto de habitantes de la casa, de manera que el tiempo y espacio propios de las mujeres habían sido, paradójicamente, la gran ausencia del hogar.

Hoy, sin embargo, la delimitación parece cambiar. Los espacios “privados” que hasta ahora identificábamos con los espacios de la intimidad y el mundo doméstico (espacios tradicionalmente feminizados y biopolíticamente invisibilizados), se transforman. De forma que denotar una habitación propia como “conectada” a Internet, vincularía este lugar de muchas y diferentes maneras con el mundo exterior, con los espacios tradicionalmente llamados “públicos”, aquéllos donde se gestiona la vida social y donde los trabajos han sido considerados empleos, y como tales han sido remunerados.

En la actualidad, el cuarto propio como *topía* oscila entre la doble dimensión del *espacio* y el *lugar* cuando se conecta a Internet. Antropológicamente nuestro cuarto sería un *lugar* concreto pues contiene recuerdos y nos permite construir identidad. Pero es también un *espacio* como potencialidad cuando, conectado, nuestras representaciones crean itinerarios y derivas virtuales. La habitación propia conectada sería entonces una *topía* transgresora, pues como lugar privado facilita pensar e imaginar la esfera pública, pero también intervenir y resignificar dicha categoría. Porque paralelamente a nuestra intimidad, en la habitación conectada concurren oportunidades de acción colectiva y social limitadas antes al “afuera del umbral”. Aquí, el pensamiento puede ser ya comunicación, conocimiento y acción pública, incluso proyecto compartido, incluso proyecto que transforme desde adentro el lugar-hogar.

Pero los nuevos cuartos propios (conectados) serían ahora sobre todo cuartos archivo, una nueva e ingente biblioteca que subvertiría, en potencia, las famosas bibliotecas dormidas a las que alude Virginia Woolf en esta obra. Cuando, sorprendida e indignada ante la clamorosa ausencia de mujeres como autoras y como asunto (no vulnerabilizado ni denostado) en los libros, escribe: “Que una mujer haya maldecido una biblioteca famosa es algo que a una biblioteca famosa le deja del todo indiferente. Venerable y tranquila, con todos sus tesoros bien encerrados en su seno, plácidamente y, si de mí depende, seguirá durmiendo siempre.”⁴ Se necesitaban visiones del mundo que no fueran las ya contadas, las mujeres tenían que escribir y éste era y sigue siendo el propósito de *Una habitación propia*. Hacerlo sin limitarse a las bibliotecas escritas sólo por y para hombres; y desde una posición localizada que tenía mucho de inconforme, una isla dentro del patriarcado, un lugar donde escapar de las cosas de la tribu.

⁴ Woolf, V., *Un cuarto propio*. Horas y horas, Madrid, 2003, p. 29.

Hoy la presión del hogar sigue estando de distintas maneras en la producción creativa de muchas mujeres; a ella se suman los retos del teletrabajo y las distracciones hiladas por el flujo incesante y disperso de voces, datos e información que caracteriza nuestra época. Ciertamente que como contrapartida tenemos nuevas bibliotecas, en apariencia más horizontales, más red, ya no siempre cerradas ni dormidas plácidamente. En este sentido, el cuarto propio (conectado) sigue siendo reivindicación necesaria, configurándose no sólo como centro de operaciones de nuestro *network* y de nuestra vida *off/online*, como laboratorio, biblioteca y estudio del que surgen nuevas oportunidades frente a los sistemas disciplinares de producción, sino como silencio y espacio en blanco para el juego y la (auto)gestión. El cuarto propio conectado podría ser un lugar de resistencia al presente continuo y a la velocidad del ahora, allí donde la concentración quiere contrarrestar la dispersión de un mundo acelerado y recuperar el tiempo propio que reclama la conciencia y que precisa toda creación.

En una época caracterizada por los riesgos de neutralización de la capacidad de atención, pero también por la proliferación de los trabajos precarizados de las mujeres, el espacio de concentración del cuarto propio, de un lado, y de otro, las nuevas formas de producción y comunicación online, mantienen la habitación propia como parada singular y necesaria. Y pienso que en estos dos aspectos (espacios de emancipación-concentración y formas de trabajo remunerado online) es donde seguimos advirtiendo una mayor vigencia de la propuesta de Woolf al reflexionar sobre la creación de las mujeres.

Con Internet el mundo y el cuarto propio han cambiado, de forma que para las mujeres que escriben hoy, el reto más básico no pareciera ser sólo la página o la pantalla en blanco, sino la creación de posibilidad de un tiempo en blanco, llamémosle mejor, un “tiempo propio” cotidiano en una sociedad conectada. Pero no olvidemos que en él seguiría activa la consigna de Woolf, aquella reclamación que como propósito marcó la escritura de este libro y los secretos de los que les hablaba al principio. Fíjense, están ahí, dicen: “os pido que escribáis todo tipo de libros, sin vacilar ante ningún tema, por más trivial o vasto que sea, (...) soñar con libros y holgazanear por las esquinas de las calles (...) al pediros que escribáis más libros, os estoy apremiando a hacer algo que redundará en vuestro bien y en el bien del mundo en general”⁵.

⁵ *Ibid.*, pp. 146-147.